

agrupad los cristales en una *corbeille* de transparente Baccarat, colocad encima, artísticamente, unas hojas de hiedra y algunos capullos de rosa, y no podréis tener mejor centro de mesa, ¿Qué diré si sobre el hielo y entre el hielo desparramáis encendidas fresas y cerezas sombrías como el granate? La vista es encantadora, y además la fruta se hiela y está deliciosa al gusto. He oído decir — porque no lo he visto — que para la mesa, en los Estados Unidos, hay reposteros y cocineros artistas que esculpen el hielo, lo tallan y cincelan, como si fuese madera ó mármol, y presentan una estatua, un grupo, un busto, una composición decorativa, cuyas líneas van borrándose á cada cucharada de sopa y á cada bocado y á cada trago. Y la obra de estos escultores caseros viene á ser como un símbolo de la de otros artistas, de la pluma, de la gubia ó del pincel, cuya fama dura un día, cuya gloria muere y se deshace en agua á cada vuelta de la manecilla del reloj.

¡Arde la catedral de Salamanca! La noticia es otra más en el número de las malas y amargas que sobre España llueven en este siglo. No sólo desapareció nuestro orgullo y nuestra prez histórica, sino que se arruinan muchos de los monumentos que la atestiguan. Aquella célebre broma de Mariano de Cavia sobre el incendio del Museo del Prado, cada mañana, al despertarnos y abrir el periódico, tememos verla convertida en realidad tristísima.

Salamanca es de las pocas ciudades españolas que todavía no he visitado, habiéndomelo propuesto infinidad de veces, porque sentiría morirme sin conocer del todo, ya que no el planeta, ni siquiera Europa (¡qué sujetos nos tiene la distancia y la imperfección de las comunicaciones!), al menos la Península. Y me es simpática esa ciudad, por el chasco que, según la historia, dieron sus mujeres al cartaginés Aníbal. ¡Encantadora conseja! El caudillo sitió la ciudad, y la redujo al extremo. Los salmantinos se rescataron ofreciendo trescientos talentos de plata (de carne y hueso nos harían mucha falta ahora) y trescientas personas en rehenes. Pero no entregaron lo ofrecido, y Aníbal volvió á sitiárlas. Esta vez no quiso dejar á los salmantinos sino la vida y la ropa que llevasen puesta: dinero, joyas, muebles, esclavos, todo se atribuyó al botín. Pero las mujeres, que no temían ser á la puerta registradas, sacaron espadas escondidas bajo sus túnicas. Y cuando las tropas de Aníbal se cebaron en el saqueo, entregaron á sus hijos, hermanos y esposos las armas, y cayendo sobre el vencedor, lo destrozaron y recobraron libertad y bienes. Por eso Plutarco llamó á Salmántica «ciudad grande.»

Desde muy antiguo fué Salamanca silla episcopal. Raimundo de Borgoña y Urraca, su mujer, hija de Alfonso VI, erigieron la catedral, con el piadoso interés y las ricas donaciones que entonces se estilaban en casos semejantes. No era en aquellos días Salamanca la «madre de la ciencia», sino una de esas ciudades militares de la Edad Media, donde se vivía arma al brazo. Sus moradores salían al campo á hacer presa y ganar botín, y volvían trayendo consigo cautivos y reses. Un episodio de aquellas correrías reviste carácter esencialmente español. Al encontrarse los guerreros salmanticenses con el ejército del emir Taxfin, les preguntó quién era su jefe. Aquellos legítimos y castizos iberos contestaron orgullosamente y montados en cólera que allí no había jefes, sino que cada cual era jefe de sí mismo. Ante tal respuesta, el sarraceno les acuchilló creyéndoles insensatos. Debiera más bien perdonarles por haber respondido la verdad y dado en una frase la fórmula de la idea nacional. Desde los militares hasta los escritores, ¡quién habrá aquí que no haya renegado de la subordinación y aspirado, con instinto anárquico, á repetir la declaración de los salmantinos en la llanura de Badajoz! Y el caso es que aquellos guerreros sin cohesión ni disciplina no escarmentaron, y sufrieron derrota sobre derrota hasta que acabaron por donde debían haber principiado: por ponerse á las órdenes de un jefe, que les hizo victoriosos.

Nadie ha podido averiguar quién fué el arquitecto de la antigua catedral de Salamanca. Empezada en el siglo XII, no estaba terminada en el XIII. En la bóveda, en el siglo XV, un Nicolás Florentino (no hay que preguntar de dónde llegaba) trazó el asunto en que podría y debía emplear sus brochas un pintor conterráneo de Dante Alighieri: el Juicio final, con todo su tremendo aparato de castigos y su consoladora exhibición de glorias y recompensas. Entre los sepulcros de la catedral vieja hay algunos bellísimos, como el del chantre Aparicio. Por fuera, esta catedral vieja presenta cierto aspecto oriental, merced á la figura bulbosa y al techo de escamas de una de sus torres, asaz característica. Hablo de esta catedral

antigua antes que de la nueva, porque, según hace notar un escritor español, es acaso el único ejemplar (dicho sea para baldón de la humanidad, añade el escritor con sumo acierto), en que se edificó lo nuevo sin derribar lo antiguo, y en que no se regatearon unos cuantos pies de tierra para evitar la destrucción de un monumento. Eran los primeros años del siglo XVI. La gran mano de Cisneros impulsaba la obra.

Y la obra adelantó rápidamente. Muestra de la decadencia gótica, ya la quisiéramos hoy para considerarla señal de vida y de fuerza en nuestra desmayada y bastarda arquitectura. Esos adornos de prolija labor, esos follajes, tréboles, filigranas y molduras, esas cornisas en que anidan monstruos y figurillas raras, están llenos de empuje y de elegancia y son de admirable riqueza. ¡Con qué brío se retuercen los leones heráldicos, yerguen el cuello las bichas, se enrosca la elegante hoja de cardo, y bajo qué delicado doselete se cobijan las estatuillas de los obispos, con el báculo empuñado, flotantes las vestiduras, en la bella fachada de la catedral! ¡Qué graciosa hojarasca, qué finos remates, qué lujo y profusión de adornos! Los periódicos no detallan el siniestro: no sé si ha sufrido esta parte tan hermosa del edificio.

Nos contentaríamos hoy con poseer, no ya al Antón Egas que planeó la catedral en el siglo XVI, sino al calumniado y deprimido José de Churriguera, que más tarde puso en ella sus manos, no tan pecadoras como se dice, ni mucho menos, rehaciendo la torre y la cúpula. Supongo que es esta torre la que arde, carbonizadas sus vigas y desprendidas sus campanas. Cuando el fuego se comunica á un monumento de la España vieja, quisiéramos enviar al teatro del siniestro toda el agua de nuestros ríos, y para proyectarla, todo el esfuerzo de nuestros brazos.

Declaro que los chinos, que ahora son el pueblo de moda y han relegado á la penumbra el Transvaal, constituyen para mí un enigma más indescifrable que el de la esfinge.

Si leo sus anales, si repaso su historia y lo que aparece escrito acerca de sus leyes, creencias y costumbres, me los figuro sensatos, pacíficos, apegados sí á la tradición, pero á una tradición relativamente culta, que hasta se caracteriza por un sello intelectual. Hubo épocas en que los misioneros — tan cruelmente tratados por este pueblo que sin embargo no demuestra gran fanatismo religioso y en el cual se practica una confesión racionalista y atea, la de Confucio, y otra panteística y humanitaria, el budismo, — hubo épocas, digo, en que los misioneros ofrecieron á Europa, como modelo, las instituciones, las ideas morales, el código chino. Se ha citado para ejemplarizar su amor filial, su respeto á la autoridad constituida, su veneración á los antepasados, su laboriosidad, y se ha hecho un idilio de aquel emperador, Hijo del cielo, que un día se bajaba del inaccesible trono, y empuñando el arado, trazaba un surco, para demostrar á sus vasallos que el hombre ha de ganar el pan con el sudor de su frente.

¡Pobre leyenda de oro de los chinos! Tú te has disipado también. Yaces enterrada bajo un quiosco de esmalte azul con argentinas campanillas, y alrededor de tu tumba crecen esos arbolitos microscópicos y esos *hibricus* sangrientos que se ven en los bordados de tus telas y en el decorado caprichoso de tus lacas.

Si hemos de fiarnos de lo que afirma un general chino, Tcheng-Ki-Tong, que no se desdén de esgrimir la péñola, China es aún hoy aquella tierra de virtudes y sensatez de que hablaban los buenos misioneros. El emperador (¿y la emperatriz?) se atiene á la sabia máxima del *Ta Kio ó Grande Estudio*: «Obtén el amor del pueblo y conseguirás el imperio.» En China se ha realizado (sigue hablando el general) la aspiración socialista: la tierra es propiedad nacional y su dueño es el que la cultiva. Tienen ocho ministerios, casi iguales en su objeto á los nuestros, sólo que les falta el de Gobernación y les sobra el de Ritos. Los funcionarios se eligen entre los literatos exclusivamente. No existen abogados, procuradores ni curia alguna. No hay código civil; sólo se conoce el penal. El emperador es jefe ó papa de las tres religiones reconocidas oficialmente en el Imperio, á fin de evitar discusiones é intolerancias. La censura funciona desde ocho siglos antes de la Era Cristiana. Por otro nombre, se llama esta censura *el tribunal que vela por todo*. Los censores de la Inquisición china son grandes letrados, académicos. Y en Hankón, ciudad de dos millones de habitantes, sólo se registró en treinta años un homicidio...

¿A que á muchos se les ocurre que es lástima que las potencias destruyan esta organización social?

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL HIELO. — LA CATEDRAL DE SALAMANCA. — LOS CHINOS

Cuando leo estos días en la prensa discusiones acerca de si el hielo es provechoso, perjudicial ó neutro para la salud, pienso en cómo cambian. no los tiempos, sino los hombres... Hace unos quince siglos se disputaba si la luz era creada ó increada, y si el Verbo era ó no consubstancial...

La medicina no es una ciencia exacta, ni de ello se precia, y la higiene todavía menos. Lo digo por la diversidad de pareceres de los eminentes doctores que *El Liberal* consultó acerca de cuestión que nadie llamará candente, pero sí palpitante. El uno encarece los efectos estimulantes del hielo como digestivo. El otro exagera sus resultados perniciosos, su acción depresiva ó irritante. Este lo recomienda, siempre que se use moderadamente. Aquél lo prohíbe, y también prohíbe el agua. Punto en que aparecen unánimes: el hielo debe hacerse de agua esterilizada, limpia de microbios y bacterias dañinas.

¡El agua! Cuando no sabíamos que es el vehículo de las enfermedades más horribles, de las infecciosas; cuando sólo veíamos en ella la linfa cristalina de las fuentes, la bebíamos con deleite dondequiera que nos asaltase la sed. No inspiraba desconfianza. Uno de los goces del viaje era probar las aguas, comparárlas, discurrir sobre su delgadez ó grosura. Hoy, ninguna persona prudente bebe agua que no conozca sin hervirla ó filtrarla. Día llegará en que el mundo no produzca suficiente agua mineral para el consumo de los precavidos. Si queréis evitar las fiebres, los catarros intestinales, la colerina, las mil indisposiciones que viajando son más fáciles de contraer, comed de todo, no bebáis casi de nada; infusiones, fruta, cerveza — vino no, porque no es fácil encontrarlo *moro*, y es de suponer que los taberneros, fieles al ritual, no hierven el agua con que lo bautizan.

Volviendo al hielo, si hay puntos de España donde no se necesita usarlo, y Galicia se cuenta en el número, no sé cómo se podría prescindir en otros de la agradable sensación del terroncito que enfría la bebida. El hielo es recreo de los ojos, tanto como del paladar. Romped una barra de hielo en pedazos,